



El séptimo círculo

Leo Bruce

El caso de la muerte
entre las cuerdas



La policía decide que el joven ahorcado en el gimnasio de la escuela se ha suicidado, pero el sargento Beef no está de acuerdo. Toma el puesto de portero suplente, ayudado por el reacio Townsend —su biógrafo—, cuyo hermano es profesor de la escuela. Townsend no aprecia los métodos de Beef, porque implican infinitos vasos de cervezas y juegos de dardos en el bar local. Luego se produce en otra parte un asesinato muy similar, pero, por supuesto está Beef, que no descansará hasta descubrir al culpable.

Noticia

Leo Bruce es el pseudónimo de Rupert Croft-Cooke, el reputado escritor, traductor y poeta inglés. Nació en Edenfield, un pequeño pueblo de Kent, Inglaterra. También adquirió renombre como escritor de novelas policiales y de suspenso. Murió en 1979. Entre los libros de misterio que escribió están *El caso para tres detectives*, *El caso sin cadáver* y éste que ofrecemos hoy.

I

HACÍA CASI tres meses que Beef no obtenía un caso. Con su jubilación y sus ahorros, el sargento no parecía preocuparse mucho, pero yo, que me gano la vida escribiendo sobre sus investigaciones, estaba empezando a ponerme nervioso.

Había tratado unas cuantas veces de conseguirle un trabajo, pero todas se habían visto frustradas por diversas circunstancias. Primero, un lindo asesinato en Shropshire; la mujer del asesinado nos había explicado agriamente que aun en el caso de que contratara a un investigador, no pensaba dejar que la muerte de su marido (en manos de un asesino provisto de una máquina de picar carne) se convirtiera en el argumento de una novela. Luego, un pastor que tenía toda clase de problemas en su parroquia debido a un diluvio de cartas anónimas, había sacudido la cabeza con pesadumbre: “¡La publicidad, querido señor, la publicidad!”. Y Beef dijo que comprendía sus objeciones. Así que, a pesar de su éxito en el caso del Circo, Beef estaba aún en el punto de partida; es decir, en la antigua posición en la que nadie lo tomaba en serio.

No dejó de presentarme la queja.

—Es por la forma en que escribe —dijo—. Si me convierte en una broma, ¿cómo espera que la gente me contrate?

Traté de explicarle que ésa era mi interpretación de sus hazañas, una interpretación que siempre consideré ingeniosa, aguda, y que le daba a nuestros libros el tímido suceso que habían obtenido.

—Puede que sí —dijo Beef con un desprecio por la gramática tal que me hizo chirriar los dientes— pero eso no

nos da demasiados casos.

Y en ese momento, Beef parecía tener razón.

Sin embargo, una mañana, una voz familiar resonó en el auricular de mi teléfono, implorándome que fuera enseguida a Lilac Crecent.

—Creo que tenemos algo —dijo Beef—. Tan seguro como que los huevos son huevos.

Sin demasiada confianza, pero con la ilusión que se necesita en este trabajo, me subí al auto y manejé hasta la desprolija hilera de casitas que se alza desafiante cerca de Baker en la que Beef ha construido su hogar. En el pequeño living sacó un ejemplar de *La Crisis Diaria* sin esperar a saludarme, y apuntó con su grueso índice una columna.

—Aquí tiene —anunció con voz triunfal.

Miré los titulares con escepticismo. Anunciaban con ese énfasis sardónico que la prensa popular reserva para las desgracias de la aristocracia, que el joven lord Alan Foulkes, segundo hijo del marqués de Edenbridge y estudiante en la escuela Penshurst, había sido hallado sin vida colgando de una viga del gimnasio la mañana después de haber ganado el campeonato de boxeo de peso pesado de la escuela.

—¿Qué me quiere decir? —pregunté.

—Es un caso perfecto para mí —me contestó Beef.

—¿Un caso? El pobre muchacho se suicidó —le hice notar.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Beef.

—Bueno, no sé —admití—. Pero parece obvio, ¿no?

—Para mí no —replicó Beef, agregando—. ¿Penshurst? ¿No es allí donde enseña su hermano?

Me alarmé. Era cierto que desde hacía unos años mi hermano enseñaba Ciencias en Penshurst, pero Vincent y yo no éramos lo que se dice amigos. Su descripción de mi persona a una chica en la que los dos estábamos interesados, (“pomposo”) no había contribuido a volverlo más simpático, y cuando después había escrito a mi madre dicién-

do que: "Sería mejor que Lionel dejara de escribir y volviera a los seguros, porque nadie que no tenga sentido del humor puede esperar hacer una carrera con la pluma", me sentí casi furioso. Ya sé que cuando escribo las historias de Beef a veces tengo que ser demasiado erudito y falto de humor, crédulo y estúpido, pero me gusta pensar que detrás de esa fachada hay un cerebro rápido y efectivo que algún día sorprenderá a Beef encontrando la solución al problema antes de que él haya tenido tiempo de llenar su anotador gigante.

De todas maneras, mi hermano no pensaba muy bien de mí, y entre nosotros no existía un gran amor. El solo hecho de imaginar que Beef podía mezclarse en algo que estuviera asociado con él ya era bastante alarmante. Podía imaginar su frío desprecio hacia mi amigo el ex policía y hacia lo que la mente científica de Vincent vería como un torpe aficionado. Podía imaginarlo diciéndome que, a pesar de mi torpeza mental, merecía algo mejor que malgastar mi vida escribiendo las estúpidas bufonadas del sargento, por más que Beef hubiera tenido éxito en los anteriores casos que le habían encargado. También podía imaginar el desagrado de Vincent por una situación que perturbaría su apacible vida en Peshurst, sobre todo con nuestra llegada.

Sin embargo le contesté:

—Sí, ésa es la escuela en la que enseña mi hermano y eso hace que cualquier sugerencia de ir allí sea inadmisibile.

—¿Cómo es eso? —preguntó Beef con su habitual falta de tacto—. ¿Acaso no nos podría conseguir el trabajo?

Suspiré con toda la paciencia de la que fui capaz.

—Antes que nada —le hice notar— no veo que exista ningún caso. En segundo lugar, si existiera, no puedo pensar en un detective menos adecuado que usted para hacerse cargo. En tercer lugar, dudo de que mi hermano pueda hacer algo. Y en cuarto lugar, ni siquiera pensaría en pedirselo. Así que, con esto, queda aclarada la situación.

—No sé —dijo Beef—. No sé. Siempre me gustaron esos casos con ahorcados. Muchas veces se lee en los diarios acerca de jóvenes que se atan con toda clase de cosas y se cuelgan de las barandas de las escaleras. Me gustaría echarle una mirada.

—Es posible —dije— pero me parece muy dudoso que el marqués de Edenbridge lo vea desde ese punto de vista. Tal vez haya olvidado que acaba de perder a su hijo en circunstancias trágicas.

Beef se sacó la pipa de la boca.

—Las circunstancias trágicas —empezó sentencioso— nunca han bastado para detener a un investigador. Todos adoran las circunstancias trágicas. ¿No ha notado en las novelas de detectives lo bien que lo pasan todos cuando hay unas cuantas circunstancias trágicas?

—Usted parece no darse cuenta, Beef, de que este muchacho pertenece a una de nuestras más encumbradas familias. Penshurst está entre los colegios más antiguos y prestigiosos y usted estaría completamente fuera de lugar en ese ambiente.

—No estoy de acuerdo —dijo Beef ofendido—. No tengo nada en contra de un lord. No puede evitarlo. Y en cuanto a la escuela... bueno, yo fui educado en la escuela Purley. Les teníamos lástima a los muchachos de Whitgift porque tenían que usar esas ridículas gorritas de colores en la cabeza. Algunas veces se las sacábamos, también —agregó sonriendo.

—No sé si está tratando de hacerse el gracioso o está más obtuso que lo habitual —contesté—. Será mejor que hable claro. Si es que existe un caso... cosa que dudo... es algo para un investigador que al mismo tiempo sea un hombre refinado, un caballero, alguien acostumbrado a la alta sociedad. Lord Simon Plimsoll tal vez podría manejarlo, pero no usted, Beef, no usted.

—Escúcheme —dijo Beef muy enojado—. Ya basta. O escribe mis casos o no. Esta es mi gran oportunidad y no

pienso perdérmela. Vamos a subir a ese autito suyo e iremos a ver a su hermano, y espero que tenga más sentido común que usted.

—No vamos a hacer nada de eso —dijo furioso.

—Puede ser que usted no lo haga, pero yo sí. Y basta.

Este método intimidatorio de Beef siempre me pone en aprietos. Por supuesto que no podía dejar que llegara solo a Penshurst y que le anunciara a mi hermano que era un amigo mío y que quería investigar el suicidio de lord Alan Foulkes. Así que probé con otro sistema de defensa.

—Pero Beef —le dije—. Lo que queremos es un caso que le hayan encargado especialmente. No hay dinero en la solución por la solución misma. Anduvo bien con el circo porque tenía que rehabilitarse después de su fracaso con el caso de Sydenham. Pero esta vez querrá algo con honorarios.

—Exacto —dijo Beef— exacto. Y en éste seguramente habrá unos jugosos honorarios. Lord Edenbridge es uno de los hombres más ricos de Inglaterra y si yo demostrara que su hijo no se suicidó, ¿no querría darme pruebas de su generosidad?

—Es un poco tirado de los cabellos —retruqué.

—Y hablando de honorarios —dijo Beef con énfasis—. Hay algo de lo que quiero hablarle hace tiempo. Cuando hacemos un caso como el del Circo y no hay nada directo para mí, no veo por qué no merezca un porcentaje en los derechos del libro.

Me tomó de sorpresa.

—¿Los derechos del libro?

—Sí —dijo Beef. Y los derechos para América, y los derechos para las series, y los derechos para una película, si sus agentes son lo bastante vivos como para venderlo. (Opino exactamente lo mismo y no me pregunto cómo no lo ha descubierto Gordon Harker en todos estos años). De todas maneras, no veo por qué no puedo tener mi parte.

Yo hago todo el trabajo, ¿no? ¿Por qué no puedo participar en las ganancias?

Lo miré espantado.

—Beef —dije con solemnidad— se está excediendo.

—Disculpe —dijo Beef—. No estoy hablando de los casos en los que me pagan, como con Sydenham. Pero sí de los que hacemos nada más que por la historia. Quiero decir que lo que es justo es justo, ¿no?

No quise discutir esta monstruosa sugerencia.

—Tendré que pensarlo —dije cortante.

—Me gustaría mucho saber lo que piensan los otros investigadores —continuó Beef muy expansivo—. Casi nunca los verá discutiendo de dinero. ¿Cómo supone que se las arreglan el Dr. Thorndyke y Amer Picon? Sé que lord Simon Plimsoll tiene rentas privadas. ¿Cree que los demás lo hacen por amor al arte?

—Me niego a seguir discutiendo —dije, tomando mi sombrero.

—Bueno, eso no tiene demasiada importancia en este caso —admitió Beef— porque si hago lo que creo que puedo hacer, lord Edenbridge cuidará de mí.

—No habrá ningún caso —dije apurado—. No pienso acercarme a mi hermano. —Íntimamente me arrepentí de haberle informado a Beef de su existencia.

—Debería estar contento —insistió Beef—. Es justo lo que necesitamos: lores y antiguas escuelas y todo eso. Últimamente nuestros casos se estaban poniendo bastante sórdidos. A la gente le interesan las andanzas de la aristocracia. Lo sugiero nada más que por su libro.

Sentí que empezaba a aflojar.

—Si consintiera en visitar a mi hermano —dije con tono nervioso— ¿me promete someterse a lo que él diga? Si le dice que es imposible, ¿volverá enseguida conmigo a la ciudad?

Beef lo pensó un poco.

—Está bien —dijo— si dice que no va, me rindo.

Me puse de pie.

—De acuerdo —dije—. Supongo que está bien. Lo llevaré a verlo.

Beef sonrió.

—Ahora sí —dijo—. Sabía que al final accedería. Y para darle ánimo le diré algo. Tengo una idea sobre este caso. Puedo equivocarme, pero creo que vamos a hacer historia. Si tenemos la suerte de que la policía lo declare un suicidio, estamos hechos. Todo depende de la indagación, pero acuérdesse de mis palabras. Townsend, tenemos entre manos algo bueno.

—Lo considero bastante vulgar —dije, recordando que estaba hablando de una tragedia. Pero al final lo acompañé hasta el auto.

II

COMO SABE casi todo el mundo, la escuela Penshurst está cerca de la costa de Essex, en el pueblito de Gorridge. Es una de varias escuelas antiguas cuya fundación se atribuye al rey Eduardo VI. A diferencia de otras similares que han crecido hasta convertirse en grandes escuelas privadas sólo con el aporte local, ésta atrajo desde el principio a muchachos procedentes de un área mucho más amplia. Durante casi tres siglos cubrió las necesidades de los habitantes de Gorridge, para los que estaba destinada en origen, mientras recibía al mismo tiempo muchachos de otros sitios, hasta que nombraron un director en 1820, bajo cuya falta de disciplina y de interés el número de alumnos cayó de casi doscientos a cuarenta, casi todos locales y que recibían educación gratuita según los viejos estatutos. Su sucesor, un tal William Butler, era un hombre de distinto calibre; era joven para el puesto de director en esa época, y su energía restableció muy pronto a la escuela su antiguo nivel. Al cabo de sus treinta años en el puesto, Penshurst se había convertido en una de las seis escuelas privadas más importantes de Inglaterra.

Llegamos a Gorridge más o menos a las seis de la tarde y nos dirigimos directamente a la escuela. Estacioné el auto en la vereda frente a las verjas de entrada y como ya conocía el lugar, dejé que Beef se formara su propia impresión.

Penshurst puede no tener la belleza de Winchester, pero posee un encanto propio. Los edificios originales del siglo XVI están intactos y forman un pequeño cuadrado de ladrillos rojo suave desde donde parte la vieja capilla, que se usa ahora como biblioteca. A la izquierda están los edificios de la escuela misma, construidos en un estilo más práctico

que estético. Pero aun ellos se han añejado con el tiempo y no chocan con el estilo original. El enorme edificio principal es un recordatorio de los esfuerzos de Butler y se alza aislado, al este del grupo. En la parte trasera de la escuela están los amplios campos de juego rodeados de construcciones separadas unas de otras, y una de ellas se destaca entre todas. Es el gimnasio, construido en memoria de los alumnos de Penshurst que cayeron en la Gran Guerra. El gimnasio es un edificio muy bien equipado, muy superior a los que se suele encontrar en las escuelas, y muy concurrido por los muchachos de Penshurst. En los últimos años han logrado una gran fama en boxeo, y es raro no encontrar por lo menos dos representantes de la escuela en los equipos de Cambridge y de Oxford. Es más, en 1932 había siete Azules que eran de Penshurst en esos dos equipos.

La capilla no tuvo suerte. El tamaño es impresionante, y vista desde una buena distancia después de la puesta del sol, sus proporciones son buenas, pero fue construida en aquel desafortunado período arquitectónico en que la adoración a Butterfield estaba en su apogeo. Los cincuenta años transcurridos no han atenuado su ostentoso aspecto, casi todas las pensiones para estudiantes están en el pueblo, salvo la vieja Casa de la Escuela, la casa del subdirector y dos más que forman parte del conjunto.

—Supongo que tiene algo —dijo Beef—. No sé si me gustaría que un hijo mío se educara aquí; le podría traer ideas raras. De todas maneras no se puede decir que esté mal, ¿no?

Asentí secamente, porque siempre he considerado que el sistema de escuelas privadas es una parte integral de la gran tradición que hace de Inglaterra algo superior a todas las demás razas y regímenes del mundo.

Decidí ir a casa de mi hermano.

No necesito decir que era un momento difícil y tenso para mí. Hacía varios años que no veía a Vincent y su manera cáustica de hablar siempre me irritaba. No podía sopor-

tar la idea de lo que diría de Beef y, cuando su criado dijo que se encontraba en la casa y nos condujo a una habitación pesada, llena de libros, y entonces deseé con todo mi corazón estar en otro lado.

Vincent entró.

—Bien, bien —dijo con su voz burlona—. Mi hermano perdido. ¿Cómo estás, Lionel?

Tosí y estreché su mano extendida.

—Hola —dije de la manera más cortés posible y le presenté a Beef.

Sorprendentemente, mi hermano pareció encantado de conocer a Beef.

—¿El sargento Beef? —dijo—. Qué honor. Hace años que sigo su carrera. Quiero decirle con entera franqueza que lo considero el mejor investigador de nuestros tiempos.

Conozco a mi hermano lo suficiente como para darme cuenta de que a pesar de todo su sarcasmo, estaba hablando con sinceridad. Por supuesto que Beef sonreía con infantil placer.

—Gracias, señor —dijo.

—Lo digo en serio —continuó mi hermano—. Soy un gran conocedor del trabajo de los investigadores que actúan hoy en día y hasta me he tomado el trabajo de estudiar los torpes esfuerzos de Scotland Yard. Pero nadie, si me permite decirlo, nadie, tiene esa seguridad, esa increíble astucia, esa intuición de la solución correcta que tiene usted. Es un maestro, señor, un maestro.

Como un escolar recibiendo el premio de manos de un gobernador, Beef se apoyó primero en una pierna y después en la otra.

—Le agradezco sus palabras —respondió.

—Lo que sí —continuó mi hermano con esa voz fría que me ponía furioso— no sé si ha encontrado el biógrafo que le corresponde. Sin duda mi hermano Lionel es un excelente hombre de letras, pero tratándose de un genio como us-

ted, sargento, se necesita un toque alado y un verdadero don para escribir prosa. Tendría que haberse dirigido a E. M. Forster o a Aldous Huxley, mi querido sargento. Sólo los novelistas de ese calibre podrían hacerle justicia.

Vi que Beef, su ego inflándose en forma ridícula, estaba de acuerdo con él.

—Sí, muchas veces he dicho... —comenzó, pero lo interrumpí.

—Tonterías —dijo—. Lo que los dos parecen olvidar es que he convertido a un oscuro sargento de pueblo en un famoso investigador. He creado a Beef, —concluí con decisión.

Los dos se miraron.

—Mi querido Lionel —dijo mi hermano— un genio como el del sargento no necesita ayuda. Bien, ¿qué puedo hacer por usted?

Por supuesto que Beef empezó a contar las cosas a su torpe modo.

—Es sobre ese muchacho que encontraron ahorcado en el gimnasio ayer a la mañana.

Mi hermano insistió con renovado interés.

—Sí —dijo— el joven Alan Foulkes.

—Me parece interesante —anunció Beef.

—Es interesante —dijo mi hermano— pero no sé si será lo bastante interesante para usted, sargento.

—Bien, en eso estaba pensando —replicó Beef con aire engreído—. ¿Cómo piensa que lo tomarán si meto mano en el asunto?

—Bueno, supongo que todos nos sentiremos muy honrados —dijo mi hermano, sorprendiéndome—. No tengo la menor duda de que el director lo apreciará mucho.

—Ah —dijo Beef asintiendo—. ¿Y lord Edenbridge?

—Lord Edenbridge estará aquí esta tarde —siguió Vincent—. Creo que lo mejor que puedo hacer es ir a la casa del Director para explicarle que usted está pensando en tomar el caso.

Yo no sabía qué pensar al ver a Beef tratado en forma tan respetuosa. Hubiera sido gratificante, de no ser por la actitud de mi hermano hacia mis cualidades literarias.

Vincent se levantó y se dirigió a un armario del que sacó —a mi modo de ver con mucha imprudencia— un botellón, un sifón y tres vasos. Si hubiera conocido mejor al sargento, habría esperado hasta la nochecita, pero nos sirvió tres generosas porciones. Vincent y yo bebimos en silencio, pero Beef emitía chasquidos con los labios para demostrar su aprecio por lo que le habían dado.

—Esto viene justo. —Exclamó.

—Iré a ver al director. Ustedes dos hagan como si estuvieran en su casa. Y sírvanse otra copa si desean hacerlo.

Cuando nos dejaron solos, Beef resumió la actitud de mi hermano con una de sus ambigüedades.

—Se nota, ¿no? —dijo, mientras se levantaba para agarrar el botellón.

—¿Le parece conveniente? —le pregunté—. Todavía tenemos que ver al Director y tal vez a lord Edenbridge.

—Déjemelo a mí —dijo Beef—. Yo sé lo que conviene y se sirvió sin ningún temor.

Nos quedamos sentados en silencio unos diez minutos, hasta que volvió mi hermano.

—El Director está muy interesado —anunció—. Lord Edenbridge está con él en este mismo momento y espero con toda sinceridad que tome el caso, sargento.

—Si se lo dan —agregué.

Nos condujo al patio.

Había un montón de muchachos holgazaneando y cuando nos vieron llegar, se quedaron mirando. No pude menos que preguntarme qué clase de impresión creaba yo en medio de tal procesión. Oí una voz joven observando: "Se ve que no son ex alumnos de Penshurst", y deseé que el sargento fuera menos conspicuo. Su sombrero hongo era la mira de todos los ojos juveniles. Pero ya Vincent nos estaba dirigiendo a las oficinas del Director.